

bles, las cuales pagaron con caricias, y pláticas, y doctrinas, á que acudían con igual aplauso y gusto.

El P. Almeida proseguía su predicación y conversiones con el fervor que solía; pero su compañero y Superior tenía contrarios dictámenes acerca del trato y conversión de los indios, con que, no conviniéndose, era menor el fruto y mayor el desconsuelo que el P. Almeida padecía: que los misioneros son como el sol y la luna que, en teniendo oposición, se eclipsan y causan no buenas sino malas influencias en los inferiores. S. Pablo y S. Bernabé tuvieron alguna oposición en una misión á que Dios les envió, y tomaron por buen medio dividirse, caminando á diferentes tierras. Lo mismo hicieron nuestros dos misioneros; porque, viendo el P. Almeida la oposición de su compañero y cuánto le impedía para el fruto, dió cuenta á los Superiores, y por su orden le dejó en la residencia de los patos y dió la vuelta al colegio de S. Pablo, adonde veremos lo que obró en el discurso de su vida.

VII

El porte de vida que entabló el siervo de Dios en esta residencia.

Aquí fué, como dijimos arriba, adonde gastó la mayor parte de su vida y adonde, cuando llegó de la misión referida, fué recibido con el regocijo y aplauso que se deja entender de quien tanto le estimaba y tantos y tan grandes beneficios había recibido de su mano.

Luego vinieron á verle los indios de las aldeas, hijos espirituales suyos; y el bendito Padre, no sólo los recibió con todo amor y caridad, sino que fué en persona á verlos, predicarlos y consolarlos á sus aldeas.

Entabló sus sermones así en la ciudad como en la comarca, acudiendo á todos con admirable vigilancia, confirmando en la fe á los recién bautizados, bautizando otros de nuevo, curando y sacramentando á los enfermos y enterrando los difuntos, como lo tenía de costumbre, haciendo bien á todos y encaminándolos al cielo.

Pero no es justo sepultar en silencio el porte de vida que entabló para consigo mismo, á quien parece que vino á hacer misión á esta residencia: porque, en lugar de tomar algún alivio con los muchos años, quebrantado de tantas y tan trabajosas peregrinaciones; aumentó las penitencias, las humillaciones, vigiliias y devociones, como si entónces comenzara el noviciado de su religión; y, comenzando de su penitencia, no hubo parte en su cuerpo que no macerara con asperísimos cilicios y dolorosas cadenas. Para el cuerpo, de la cintura arriba, labró un saco asperísimo de cerdas de caballo que

traía ordinariamente, y pareciéndole vestido regalado, labró otro más áspero sembrado de cruces de hierro con puntas agudas que le traían como armado; y era tal, que probando á traerle después de su muerte un religioso mortificado, no pudo sufrírle media hora: tal era su aspereza y el dolor que le causaba.

Para remudar estas armas labró otra como vestidura de cadenas de hierro, con que se ceñía de alto abajo lo más principal del cuerpo; para el cuello, los brazos y las piernas tenía particulares cilicios, unos de cerdas, otros de hierro, con que martirizaba su carne sin darle descanso un momento. Y cuando llegó á los setenta años, inventó nuevos cilicios que usó hasta los ochenta, y fué necesario moderarle por obediencia estas mortificaciones, porque no acabase con su vida.

Por el mismo tenor labró varios géneros de disciplinas con que martirizar su cuerpo, unas de alambre, otras de cadenas, otras de cuerdas de vihuelas y de nervios de toros, tan ásperas y terribles, que podían competir con las que usaban los tiranos para martirizar á los Santos. Cada día tomaba una hasta derramar sangre, y muchos días dos y tres, acompañando la oración con la penitencia, para alcanzar de Dios lo que deseaba.

Las disciplinas y los lugares adonde las tomaba se hallaron bañados de sangre, y los indios certifican que, cuando andaba por sus aldeas, se retiraba á los bosques y á los montes, y allí se disciplinaba rigurosísimamente, con grandísimo espanto suyo por no haber visto jamás cosa semejante ni oídola decir de nadie, y más los admiraba ver después los regajales de sangre que dejaba.

Todos estos instrumentos, así de los cilicios como de las disciplinas y las cruces y cadenas de hierro que usaba, se guardan hoy en nuestro colegio con grande veneración, como de un Santo, y se muestran así para testimonio de su santidad, como para ejemplo de penitencia y mortificación.

Los ayunos eran más que continuos, porque no comía sino tres veces cada semana, y esas muy parcamente y manjares groseros y ordinarios. El lunes ayunaba á pan y agua en honra de la Santísima Trinidad por las almas del Purgatorio; los martes ayunaba de la misma manera en reverencia de S. Miguel, el ángel de su guarda, y los demás ángeles, porque le asistiesen y guardasen en vida y en muerte; el miércoles ayunaba con la comida ordinaria en reverencia del Espíritu Santo, de S. Ignacio nuestro Padre y de todos los santos, porque le diesen y alcanzasen el fuego de su divino amor y lo que deseaba de Dios; el jueves en reverencia del Santísimo Sacramento del altar, porque le diese gracia para ofrecerle y recibirle como debía; el viernes y el sábado á pan y agua, y muchas veces en cuarenta horas no gustaba bocado, en reverencia de la Pasión de Cristo y por devoción de la Santísima Virgen

María; el domingo celebraba con todos la Resurreccion del Salvador y la gloria de los santos.

Este arancel tenia escrito y guardaba con grande puntualidad, y no paraban aquí sus penitencias, porque las noches, que se hicieron para el descanso del cuerpo, las gastaba en trabajarle con vigiliyas y mortificaciones; su cama era el duro suelo, y por grande regalo la piel de un buey curtida ó una tabla ó corcho de la tierra, aunque, para disimular su penitencia, tenia en su aposento cama como los demás, pero no usaba de ella.

Otra mortificacion hacia no ménos penosa que estas, y era sufrir las picaduras de los mosquitos, que en el Brasil son muchos y molestísimos, y nunca, aunque le acometiesen enjambres, los desviaba, sufriendo con admirable paciencia sus importunas picaduras y las de los otros animalejos ordinarios. Y sucedió rezar con otro compañero, el cual viéndole maltratar de los mosquitos el rostro cuajado, ir á levantar la mano para quitárselos, y el P. Almeida le detuvo, diciendo que no le privase del mérito de la gloria que aquellos animalejos le daban.

Por el mismo tenor no perdía ocasion de mortificarse en todos los sentidos, negando á sus ojos las vistas curiosas, y al olfato los buenos olores de las flores y aromas, y á los oidos las músicas, y al tacto el abrigo de invierno y el refrigerio de verano, padeciendo en este gravísimos calores y en aquel frios, sin admitir ropa ni abrigo ni defensa para la uno ni lo otro, tratando su cuerpo como á su mayor contrario, siguiendo las pisadas de Cristo que no se dió gusto en nada, como dice S. Pablo: *Etenim Christus non sibi placuit.*

VIII

De su humildad, pobreza y otras virtudes.

Ya que hemos comenzado á tratar de sus virtudes, no interrumpamos el hilo de su narracion, porque dejemos dicho lo que toca á esta materia. Como el fundamento de todas es la humildad, este siervo del Señor echó tan profundos fundamentos al edificio espiritual que levantó en su alma, que se puede decir con verdad de él lo que de S. Agustin, que no se conoció en su tiempo criatura más humilde.

Así lo decian todos cuantos le trataban; el conocimiento que tenia de su nada, el desprecio de sí mismo, lo que ahondaba en esta materia era tanto, que no se ha conocido persona que más se despreciase ni que en ménos se tuviese, y así en los apuntamientos de sus meditaciones dice que era peor

que los de Sodoma y Gomorra y que cuantos habia criado Dios, y que, por el consiguiente, merecia ser hollado, pisado y despreciado de todos como la más vil criatura del mundo.

Por esto andaba siempre encogido y como avergonzado; se ponía en el ínfimo lugar, como indigno de sentarse entre los demás: jamas se le oyó palabra que pudiese redundar en su alabanza, ni cuando venia de las misiones; todo lo referia á Dios como verdadero humilde, tomando para sí la confusion. Lo que se le oyó muchas veces fueron sus desprecios, diciendo, que habia nacido entre herejes en Inglaterra y que no merecia vivir entre los siervos de Dios; si alguno le honraba, huía de él, y si le vituperaba, se lo agradecía.

Llegando á una capitania ó residencia, le vino á visitar el gobernador, haciéndole grandes honras, como las merecia su persona, y el buen Padre turbado con tanta merced, le dijo que él era un pobre religioso de ninguna estimacion, que no le visitase más y guardase aquellas honras para otros de más valor; de que no poco se edificó el gobernador y le tuvo en mayor estima en adelante, porque como enseña Cristo, el que se ensoberbece es despreciado, y el que se humilla ensalzado.

Un religioso, sin conocerle, le habló mal de sus cosas, reprobando sus acciones por imprudentes y locas y á él por ignorante y desacertado, y luego el Padre se arrojó á sus pies y se los besó, diciendo: «ninguno me ha conocido sino vuestra Paternidad. Dios le guarde y se lo pague, que me ha dicho la verdad.» El religioso quedó atónito viendo tan profunda humildad, reconoció su yerro y fué en adelante su defensor y perpétuoregonero de su santidad.

De esta humildad le nació la aversion que tuvo siempre á ser Superior, sin admitir cargo que tuviese resabio de prelación, teniéndose por indigno de la más mínima dignidad, repitiendo las palabras de Cristo: *No vine á ser servido sino á servir*, (Matth. 10), y así lo ejecutaba sirviendo á todos en sus oficios y ministerios como si fuera su criado ó su esclavo, así á los sanos como á los enfermos, barriéndoles los aposentos, llevando la basura, limpiándoles los vasos humildes, haciéndoles las camas, curándoles las llagas, dándoles de comer y sirviéndoles en todo con admirable caridad.

La misma humildad mostraba en el trato de los prójimos, inclinándose siempre á los más pobres y humildes, como eran los negros, los indios, los criados y esclavos á los cuales predicaba y confesaba con mucho gusto, acariciándolos y enseñándoles la doctrina cristiana, y catequizando á los rudos y bozales á costa de gran trabajo, y retirándose de los empleos lustrosos con personas grandes y puestas en dignidad por lo que tenían de estimacion, juz-